

EL SUEÑO DE FINNEGANS JR.

Inicie mis trabajos casi como un jobi, tras las agotadoras sesiones de laboratorio, los seminarios en la universidad y las conferencias de un lado a otro del país. Felizmente, y como si algún designio secreto anduviera empeñado en que no me desanimase, obtuve prontamente resultados exitosos, bien que parcialmente y en problemas colaterales. Cuando, tras dos o tres años de continuado esfuerzo pero, como digo, sin especiales empeños, y siempre manteniendo el más escrupuloso de los secretos, logré las primeras pruebas, ya totalmente seguras, que verificaban en la práctica la certeza de mis ecuaciones, la aseveración científica de mis teorías, decidí compartir con una colega de la costa Oeste, a la que necesitaba para avanzar en el proyecto, los primeros logros de mi sorprendente teoría. En efecto, la doctora Bloom y yo habíamos trabajado juntos, en la Universidad de Berkeley, con las primeras máquinas capaces de llevar a cabo, en pequeña escala, la transmisión cuántica de materia orgánica, y en la fabricación de chips genéticos que multiplicaban por mil la potencia de los cada vez más obsoletos computadores de la generación anterior, aún de tipo mecánico. Ahora que la conversión en cronomas (moléculas vivas de luz) era un hecho, y eufórico con

una nueva aplicación práctica de la teoría de la relatividad, decidí dar con mi admirada colega el paso sucesivo antes de comunicar a nadie más mi descubrimiento. Nuestro plan era el siguiente: habíamos conseguido con éxito la conversión en fotones de organismos vivos y su traslado, a la velocidad de la luz, a miles de kilómetros. Como es sabido, con materia inerte trabajaba el ejército, en operaciones de alto secreto, desde hacía varios años, el problema que la ciencia aún no había resuelto era cómo trasladar el alma a la velocidad de la luz y que el organismo, animal o persona, llegara vivo a su lugar de destino. La providencia quiso que las últimas fases de codificación del genoma humano se llevaran a cabo en el equipo que dirigía la doctora Bloom. Una vez con el código genético íntegro codificado en una sola molécula, los pormenores técnicos del viaje eran sencillísimos. El éxito fue absoluto.

Nuestro siguiente reto era, ahora, el traslado no en el espacio sino en el tiempo. La ventaja de trabajar con Bloom es que ambos sentíamos el uno por el otro una profunda admiración científica, casi tanta como animadversión personal; algo, en eso que la gente llama química, se concitaba entre nosotros para que, sólo de imaginar una posible convivencia más allá de las

aulas y los laboratorios, ésta se nos antojase como infernal. La imposibilidad de convivir juntos mucho tiempo, unida a la simbiosis o interdependencia mutua que nos hacía avanzar a pasos de gigante en nuestras investigaciones, forjó un tándem invencible. Precisamente para evitar que se rompiera esa magia genial que sacaba de ambos nuestro mejor lado científico y el peor de lo humano, decidimos investigar cada uno por su cuenta y sólo juntarnos para experimentar en común cuando fuese absolutamente imprescindible. Así que, como buenos y soberbios conjurados, nos transmitíamos los nuevos hallazgos a través del ordenador y, mientras tanto, seguíamos cada uno en su laboratorio, a cinco mil Kms. de distancia; eso sí, incentivados mutuamente por los hallazgos del otro. Así se hizo. A tal extremo llegó nuestra fraterna y odiosa competencia que en pocos meses estábamos listos para llevar a cabo una primera comprobación empírica que refutase o confirmase nuestras teorías.

La empresa parecía descabellada, pero científicamente posible, todas las ecuaciones daban en convenir que el tiempo, un vector a magnitudes cósmicas, no lo es en pequeñas escalas y que, por lo tanto, esa pequeña materia convertida en fotón que fuera trasladada de un sitio a otro a velo-



Ángel García Galiano

(Madrid, 1961), Doctor en Filología Hispánica, ejerce la docencia de la Literatura en la Universidad Complutense. Codirige el programa de literatura LIBROMANIA en Europa FM, Premio Nacional al Fomento de la Lectura en 1997 y colabora en revistas como *Reseña* o *Revista de Libros*. Ha publicado numerosos ensayos relacionados con su labor académica, así como relatos y poemas. Entre sus obras destacan *Tierra prometida* (poesía, Andrómeda, 1988), *El mapa de las aguas* (novela, Mondadori, 1998) o *Liturgia de las Horas* (poesía, Huerga & Fierro, 1998). Un relato suyo apareció recientemente en la antología *Páginas Amarillas* (Lengua de Trapo, 1997).

ciudades no ya cercanas, sino similares a las de la luz, podría llegar a su destino, dada la naturaleza espiral del espaciotiempo, en un tiempo "anterior" (no para él, pero sí para la cronología del observador) al momento de su salida. No creo que haga falta insistir mucho en que los motivos de nuestro trabajo se realizaban bajo absoluto y discretísimo secreto. Tanto ella como yo conocíamos bien a la gente del Pentágono, ávidos por apropiarse todo avance científico para usos militares. Este país aún arrastra, desde hace ya casi un siglo, la vergüenza genocida del Proyecto Manhattan y sus bombas atómicas con millares de víctimas. Y en nombre de la ciencia. Ciencia era lo que hacíamos Bloom y yo de madrugada, robando horas al descanso para trabajar sin pausa en nuestro proyecto de lograr el sueño de la humanidad: la máquina del tiempo.

Es más que obvio que de haber podido contar con un equipo habríamos llegado a resultados positivos y definitivos mucho antes, pero no podíamos fiarnos de nadie, de los que menos, nuestros propios colegas. Yo sólo confiaba en dos personas: en aquella mujer fría e inteligente (a la que admiraba y odiaba al mismo tiempo, pero por cuya fidelidad y discreción dejaría que me cortaran de un tajo el brazo) y en mi magnífica computadora cuántica de última generación, Marilín, nombre con que la bauticé por dos motivos, ser, como máquina, de una belleza extrema y porque nací el mismo día que ella se moría. Ella había llegado a ser todo para mí, colega, compañera, amiga, amante intelectual. Buena parte de mis descubrimientos se los debo a ella y a su prodigiosa inteligencia. Marilín no me pertenece, como puede suponerse, pues no podría pagarla con mi magro sueldo de investigador, la tomé prestada, en usufructo, a mi Universidad. Al cabo, me permitieron alojarla en casa para poder trabajar en días no lectivos. Con el tiempo se ha llegado, tácitamente, a una situación en que, si no de derecho, sí de hecho, ha pasado a formar parte de mi equipo. Marilín tiene una ventaja sobre mí, y es que puede trabajar veinticuatro horas, siete días a la semana. A mis años, al borde de la jubilación, no puedo ni remotamente llevar su ritmo. Lo divertido es que podría decirse que es ella la que vive por mí, quiero decir que como el tiempo que no dedico al descanso, higiene o alimentación, lo empleo íntegro en la investigación, desde hace unos meses es ella la que

me sustituye en las cosas de la vida: atiende al teléfono, contesta la correspondencia, me selecciona las noticias de interés que pasan por la red, corrige los trabajos de mis discípulos y hasta, a veces, discute con Bloom las hipótesis más plausibles para escapar de los aparentes callejones sin salida técnicos con que a menudo nos topamos, cosa que a mi colega, cuando descubre o sospecha que no soy yo con quien conversa, le pone frenética. En el fondo es envidia porque ella no puede permitirse un ordenador de tan altas prestaciones como mi querida e indispensable Marilín.

Transcurrieron así unos meses muy duros, muy solitarios, en los que mi carácter retraído y hasta taciturno se debió de volver huraño, pues ponía cualquier excusa para evitar compromisos académicos o amistosos. Se fueron enfriando así las escasas amistades que frecuentaba en el Campus. Mis discípulos se quejaban de que ahora los atendía de forma torpe y apresurada, sin prestar atención a su trabajo. Algunos comenzaron a cambiar de tutor, otros postergaban sus proyectos infinitamente al no sentirse acuciados por mi estímulo y se quedaban atrás ante el empuje de sus compañeros. La verdad es que cada vez me interesaba menos aquel mundo de alumnos ambiciosos y de profesores mediocres y envidiosos. Mis colegas, extrañados al principio, se regocijaban internamente de que cada vez dedicase menos tiempo a la investigación, que descuidase la asistencia a congresos, las conferencias y demás actos públicos en donde se ponía sobre la mesa la vanidad científica del planeta. Pero mi mejor mesa redonda, ahora, estaba al lado de Marilín, cada madrugada. Hasta que un día Bloom y yo convinimos en que era llegada la hora H de poder efectuar la primera prueba decisiva, el primer cronoretroceso con materia viva de la historia de la humanidad.

El día del ensayo general, con el laboratorio cerrado a cal y canto, solo, en la medianoche neoyorkina de un verano tórrido y fatigoso, introduje a Finnegans, mi querida cobaya, en la urnita de cristal de cuarzo y Marilín le transmitía a Bloom las instrucciones pertinentes para que ella también activara los resortes de su aparato gemelo, instalado en su laboratorio a cinco mil kilómetros, en la costa Oeste. En efecto, unos instantes antes de que Marilín diera la orden de cronotización, Finnegans hizo acto de presencia en la urna de Bloom, casi como en esos viejos trucos del

cinematógrafo en que el actor aparece y desaparece envuelto en una nube de humo, sólo que en esta ocasión no había un burdo truco, sino ciencia pura. El éxito fue casi total, Finnegans ganó unos nanosegundos menos de lo previsto, pero lo cierto es que viajó a la velocidad de la luz, convertida en luz ella misma, y se materializó en la urna de mi colega milésimas después, tan rápido que aún estaba conmigo, en mi domicilio-laboratorio de la Universidad de Columbia, cuando ya comenzaba a materializarse en Berkeley. Los datos que computaba Marilín eran irrefutables, Finnegans había llegado a California casi dos segundos antes de que aquí en Nueva York hubiera comenzado su desintegración.

Eufórico, tras corroborar los datos increíbles que Marilín podía constatar

fehacientemente, quise ponerme en contacto directo con Bloom, ambos habíamos jurado solemnemente, antes de comenzar la prueba definitiva, respetar el pacto de silencio hasta que tuviéramos seguridad absoluta de que la máquina del tiempo funcionaba a la perfección. Los dos conocíamos bien a la comunidad científica y sabíamos que, más por envidia y celos profesionales que por afán noble de superación, buscarían el resquicio por donde introducir su veneno para hacer fracasar nuestro invento, escocidos por no haber sido ellos quienes lo logran. De manera que no podíamos dar ninguna baza a nuestros enemigos, el resultado de la prueba pública debía ofrecer resultados tan evidentes que nuestra máquina cronorreversible se convertiría para todo el mundo, después del fuego, en el gran hallazgo

científico de la humanidad. Un invento insólito también porque, frente a otros importantes descubrimientos, éste, siendo tan grandioso, de dimensiones literalmente cósmicas, apenas si tenía precisamente por eso repercusión práctica, no ya militar, sino de ningún tipo. Era el triunfo de la investigación pura, del arte por el arte, un invento que durante siglos, insisto, apenas si tendría efectos visibles en eso que la gente de la calle llama su vida cotidiana.

Y es que si la máquina demostraba empíricamente que el tiempo es reversible (aunque no es exacto esto tal y como lo digo, el tiempo es irreversible, pero se puede lograr trasladar un objeto en el espaciotiempo de manera reversible), también incapacitaba al ser humano para "viajar en el tiempo" salvo en magnitudes modestas, de segundos, y eso a costa de gastos ingentes de energía que lo hacían impracticable. Las ecuaciones de Marilín que acabamos de corroborar en la práctica con Finnegans nos exponen con harta claridad (¡y esto ya lo sabía el viejo Einstein!) que la reversión temporal es inversamente proporcional al peso del objeto y directamente proporcional al espacio recorrido. Dicho muy claramente, un ser humano de setenta kilos de peso tendría que ser trasladado a casi diez mil kilómetros para retroceder un solo segundo en el tiempo. Si alguien quisiera "viajar" un minuto hacia atrás, tendríamos que instalar la urna receptora en Marte; imagínese los miles de años luz que habría que viajar en el espacio (¡a otras galaxias!), para retroceder simplemente en el tiempo un mísero año de nuestra cronología. En cualquier caso, insisto, desde el punto de vista meramente teórico y exclusivamente científico estábamos ahora mismo Bloom, Marilín y yo ante un hallazgo de alcance universal.

Pero qué poco dura la alegría en casa de un científico heterodoxo como yo: tras infructuosas y desesperadas tentativas, el laboratorio de Bloom, en el que hacía unos minutos se había materializado Finnegans, no daba señales de vida. Inquieto, angustiado, cavilando ya las mayores tragedias, hube de alertar a la policía para que se personara en aquella dirección. Al cabo, una llamada me sacó de la modorra en que la propia tensión me había abatido semiinconsciente sobre Marilín, que seguía computando y verificando la irrefutabilidad empírica de nuestra hazaña. La





policía me comunicó que el laboratorio, cerrado a cal y canto desde dentro, tenía las luces dadas y varios computadores y otros instrumentos encendidos, pero allí no había nadie. Pregunté por Finnegans y, en efecto, un minúsculo ratoncito que al principio creyeron muerto pero que luego resultó sólo inconsciente yacía panza arriba en el interior de una urna de cristal de cuarzo.

Setenta y dos horas después, la policía tuvo que dar por desaparecida a Bloom. Desde la noche fausta de nuestro capital experimento, nadie la había vuelto a ver. Esa misma madrugada, cogí el primer vuelo con destino a la bahía de San Francisco. Conviene consignar aquí que tengo fobia a los aviones. Tras un interrogatorio en el que mis evasivas acaso me hicieron parecer sospechoso ante la policía, pude recuperar, ya en su laboratorio, la urna de cuarzo y al pequeño Finnegans, que ramoneaba indolente en una jaula bien surtida de agua y vegetales. Confío no ser demasiado impreciso si digo que lo más parecido a lo que sentí, al meter el brazo en la jaula para sacar a la cobaya, fue como si me lo cortaran limpiamente, de un tajo, chas, tan de súbito que no hay siquiera dolor, sólo un frío perplejo y un incómodo vacío.

Ni que decir tiene que volví a casa ese mismo día y, a la espera de noticias de la misteriosa desaparición de Bloom, cancelé todos mis compromisos, prorrogué las vacaciones estivales, con la intención, incluso, de solicitar mi jubilación anticipada al comienzo del siguiente semestre, y me encerré en el laboratorio con Marilín y la promesa de no pisar la calle hasta no tener escrita y publicada con todo lujo de detalles la obra que describa las características técnicas de mi máquina, a la espera de un nuevo experimento irrefutable, esta vez en solitario.

La desaparición dolosa y extemporánea de mi odiada colega me hizo temer lo que jamás hasta esa noche habría sospechado: ante el éxito de nuestra prueba, había decidido beber ella solita las mieles del éxito: sin esperar siquiera un minuto para la celebración conmigo de nuestra histórica hazaña, se había encerrado para escribir y dar a conocer los pormenores de nuestro invento cuya paternidad, ahora, se atribuiría exclusivamente a ella sola. Hija de puta.

En un fragor febril y contrarreloj (en el fondo, como siempre en estos meses



habíamos trabajado Bloom y yo, intelectualmente acuciados por la competencia y sagacidad del otro), me encerré, aún más, si cabe, con mi Marilín, dispuesto a adelantarme a aquella traidora. Cuando hube concluido, ahora veo que fue una locura, no sólo no me apresuré a dar a conocer mi hallazgo, sino que, dispuesto a darle una lección a la traidora Bloom, registré ante notario mis disquetes y me dispuse tranquilamente, como una suerte de merecidas vacaciones, a esperar a que ella diera señales de vida. Su ridículo público iba a ser tan espantoso que la comunidad científica la expulsaría para siempre de su seno. Sin embargo, pasaron los años y Bloom no salía de su extraño anonimato. Yo comenzaba a llegar a una edad en que tenía que contar con que en cualquier momento la muerte podía entrar en mi

casa sin llamar siquiera. Pero me avisó con antelación. Agotado por el sobrehumano esfuerzo de los años febriles de nuestra investigación, la verdad es que mi salud se había resentido sobremanera. La jubilación, la soledad, la falta actual de alicientes, la espera absurda (pura soberbia y afán de venganza, lo reconozco) hasta que Bloom intentase adelantarse para dar a conocer al mundo nuestra máquina, el absurdo aún mayor de los años gastados en su puesta a punto para que ahora haya dejado pasar casi otros tantos sólo por odio a mi colega, todo aquello había deteriorado mi salud a extremos que comenzaban a serme preocupantes. Uno de los muchos achaques que ahora me importunaban me llevó a un reconocimiento a fondo en el que se me descubrió una enfermedad terminal de tipo linfático ante la



que nuestra ciencia seguía viéndose impotente. Apenas me quedan meses, o semanas. Volví a casa, desolado, y se lo conté todo a Marilín, mi único amigo y consuelo. Ella me aconsejó lo que yo ya había pensado hacer: desempolvar mi máquina, publicar los disquetes y morir confiriendo sentido al trabajo de toda una vida.

Me puse en seguida manos a la obra, ajusté las dos urnas de cuarzo, las coloqué debidamente sincronizadas en cada extremo de mi pequeña casa y, por razones de peso que ya he explicado, me dispuse a fototransportar al pasado un minúsculo mosquito. El animal bombardeado y convertido en luz dentro de la máquina desapareció a los pocos instantes. Según las ecuaciones tendría que aparecer unas horas antes en la máquina gemela que recibiría los fotones para reconvertirlos en carne viva. Cuando cesó el fogonazo y el animal desapareció sin dejar rastro, como en su día hizo el pequeño Finnegans, me apresuré alborozado a la habitación contigua esperando encontrarme al bichito muerto o moribundo, ya sin aire, tras varias horas encerrado en la urna. Pero no había nada, nunca hubo nada, probé con todo tipo de insectos, con leves restos de materia orgánica e inorgánica con la que, según el peso, iba variando y ajustando la hora prevista de llegada a la otra urna. Lo más desesperante es que, según la vieja Marilín (¿acaso ya tan chocha como yo mismo?), el experimento era siempre un éxito y el insecto o lo que fuere estaba esperándome desde hacía equis tiempo en la otra urna.

No podía comprender nada de lo que estaba pasando. Con la adrenalina de la angustia y la excitación del fracaso mi cuerpo enfermo se resintió notablemente y la enfermedad empeoró lo suficiente como para sentir, por primera vez, con lúcida frialdad que estaba quemando en fogonazos insensatos de luz mis últimas horas de vida, sacrificando mi existencia en el ara de una ciencia que se había trocado, por orgullo y obstinación, en un infierno sin sentido. Saqué del garaje mi viejo Taunus del 14, tomé, como única provisión para el viaje, un sin fin de músicas amables y me puse a conducir sin norte, con el único fin de vaciar mi angustia en la carretera a base de hacer miles de kilómetros y caer después rendido, por las noches, en la humedad desapacible de cualquier motel. Siempre que, de joven, había padecido algún problema personal

grave o las ecuaciones se resistían y no encontraba la salida de mi vida o de mi ciencia, aquella había sido mi forma de solucionar los problemas: quemando kilómetros a ninguna parte embalsamado en música. Era como si todos mis circuitos nerviosos descargaran su tensión en el asfalto a través del pie del acelerador. Hice así varios miles de kilómetros por el país hasta que, algo más sereno, decidí volver a casa cuando noté que comenzaba a echar de menos a Marilín. Regresé mucho más aliviado, aunque sin dar aún con la solución a aquel absurdo. No lograba entender qué es lo que fallaba en la máquina cuando los cálculos de la computadora aseguraban el éxito de todos los lanzamientos. Adónde iban a parar todos aquellos insectos volatilizados, qué era de ellos en aquel fugaz nanosegundo en que, convertidos en luz, viajaban a través del espaciotiempo. Según Marilín, todos deberían revolotear sanos y salvos en la urna de cuarzo que los recibía.

Por fin, cuando ya la enfermedad terminal amenazaba con impedir una sola prueba más, acuciado acaso, a la vez, por mi soberano orgullo y por el absurdo de aquella muerte estéril, descubrí con infinita vergüenza que había cometido un error infantil: la noche de Finnegans, con Bloom en Berkeley, el retroceso había sido de apenas segundos, por eso funcionó sin problemas, con ambas máquinas a punto; en cambio ahora estaba enviando a mis insectos a varias horas antes, y claro que viajaban en el tiempo, ¿quién no lo hace es la máquina receptora, que los espera encendida y sincronizada en su ahora mío de varias horas después! Llegué con terror a la conclusión de que mis bichitos vagaban en el espacio sideral convertidos en un haz invisible de fotones al no haber una máquina de destino que los hubiera reintegrado en materia orgánica y con alitas. Tan estúpido e imperdonable como aquello: para que viajaran diez horas atrás, la máquina los tenía que haber recibido con diez horas de antelación, no cuando yo la conectaba.

Pensé entonces que los grandes descubrimientos científicos (la bañera de Arquímedes, la manzana de Newton, las bacterias de Fleming) pueden surgir de banalidades cotidianas como aquellas: todas las ecuaciones y todas las computadoras no pueden nada contra una máquina desenchufada. La puñetera manzana. Ni siquiera

le eché la bronca a Marilín, el estúpido error era sólo mío. Cómo me alegré entonces de la desaparición de Bloom, ante ella hubiera perdido mi prestigio para siempre. Me acordé también del pequeño Finnegans. Otra cobaya, descendiente del ratón más famoso de la historia (cuando se conozcan los pormenores de la misma), acababa de dar a luz una camada. Elegí al azar una de aquellas bolitas de algodón, la pesé, hice los cálculos pertinentes y supe que la podía mandar a hacer diez minutos. Conecté la máquina receptora, esperé más de un cuarto de hora mientras acariciaba la suavidad pequeñita de aquel cachorrillo al que decidí bautizar también con el nombre de Finnegans, en homenaje a su pionero antepasado.

Puse en marcha la máquina del tiempo y un haz de rayos cuánticos bombardearon a mi ratoncillo que en aquel mismo instante apareció fotocromatizado en la urna de la habitación paredaña: allí estaba Finnegans jr., diez minutos antes de que yo lo enviara. Sentí, al meter el brazo en la urna para sacar a la cobaya, como si me lo cortaran limpiamente, de un tajo, chas, tan de súbito que no hay siquiera dolor, sólo un frío perplejo y un incómodo vacío: estaba claro ahora que si mi ratón estaba allí, hace diez minutos, y yo podía constatarlo en la palma de la mano, entonces yo ya no vivía en mi tiempo sino en el suyo. Comprendí lo que siempre sospeché, que también Bloom en su universo lleva años esperándome, sorprendida y dolida de mi traidora desaparición. Sólo que entonces, el viejo Finnegans... yo lo recuperé de hecho en su casa californiana, era él sin ningún género de dudas. Creí comprender. Se estaban derrumbando algunas de las leyes que pretendían explicar el universo. Regresé a la habitación del experimento y allí, también, estaba Finnegans junior, en la urna, esperando sin saberlo a que en cinco minutos lo enviara al pasado de un fogonazo cuántico y lo trasladara a hace diez minutos, allí, a la habitación de al lado, donde él ya estaba y había hecho el viaje sano y salvo y me miraba asustado sobre la palma de la mano, pensando, quizá, que quién de aquellos dos ancianos, el que lo miraba esperanzado e impaciente en la habitación de al lado, o este otro que lo acariciaba y lloraba al sacarlo cariñosamente de la urna, lo iba a devolver al ragazzo materno.